

El dietario de Miquel Angel Riera

De qué modo una nueva versión del mito centrado en el implacable poder de la belleza logra transformar la confesión de un clérigo en una sátira

Miquel Angel Riera
"Els déus inaccessibles"
A tot vent, 258
Edicions Proa
Barcelona, 1987

NO raramente los jueces literarios, al tropezar con una obra más o menos desconcertante de un novelista ya consagrado, le atribuyen de forma automática la ruptura con su línea anterior y la apertura a otro camino. Cabe sospechar, sin embargo, que se trata a veces de un pretexto o subterfugio encaminado a explicar sólo la novedad de una actitud ante un horizonte de posibilidades. En el caso de Miquel Angel Riera aquella atribución presenta todos los visos de la objetividad crítica. Nos ofrece, en efecto, el novelista con "Els déus inaccessibles" una verdadera sorpresa, un inesperado cambio de frente.

Tal vez, sólo existan en su reciente novela ciertos puntos de contacto, aparentemente ocasionales, con su mundo poético, que ahora puede comprenderse, finalmente, en su totalidad, gracias a su edición de "Tots els poemes" (Edicions 62). ¿Puede fundarse dicha correspondencia en la misma "força tel·lúrica" de ambas producciones, subrayada por Xavier Bru de Sala en el luminoso prólo-

go del "opus" poético? ¿O basta, simplemente, aplicar el significativo título de "La belleza de l'home", el tercero de sus libros de poesía, al inquietante contenido de "Els déus inaccessibles"? Cabe, por supuesto, en esta especie de alarde de correlaciones los más raros e increíbles juegos, sin malabarismos, de la realidad y la fantasía: tal vez se unirían todos, a la postre, para darnos la probable definición de la personalidad de Miquel Angel Riera.

Ante el poderío de la belleza

Pero, en rigor, ésta quedaría siempre al margen de la cuestión planteada por "Els déus inaccessibles" en el panorama de su narrativa. La idea básica, en efecto, del nuevo relato no podría asociarse con ninguno de los esquemas desarrollados en sus precedentes novelas: "Fuita i martiri de Sant Andreu Milà" (1973), "Morir quan cal" (1974), "L'endemà de mai" (1978) o "Panorama amb dona" (1984). Diríase que el escritor ha sostenido ahora una lucha consigo mismo para despojarse de toda solución anecdótica o externa y encerrarse en su propia vida imaginaria, en la propia influencia de su ser, hasta apoderarse plenamente

del inexorable poderío de la belleza.

Ha renunciado para ello casi a la acción y, de forma absoluta, al atractivo recurso del diálogo. El relato se convierte, entonces, en una meditación y, con mayor exactitud, en una confesión general. Su tema, podrá objetarse, no es original: por supuesto, no difiere esencialmente del expuesto, en 1912, por Thomas Mann en su célebre "Der Tot in Venedig" ("La muerte en Venecia"). Pero el tema, casi mítico, susceptible, por tanto, de las más variadas aplicaciones, sólo le sirve a Miquel Angel Riera para ponernos ante los ojos, como escenario del posible drama, un original aspecto de su isla: no de su nativo Manacor, sino de un imaginario pueblo de las primeras estribaciones de la Sierra, Gosaua. Lo más insólito, tal vez, de la fábula pertenece a la identidad del protagonista "activo": aquí, el párroco de dicha población, alucinado por la gracia y la belleza de Alexis, que viene a ser "la justificació de la meva vida".

Un clérigo complejo y quimérico

Sólo la extraña dualidad encierra los azares de un verdadero combate espiritual: un combate entre Dios y los dioses. Salta a la vista que la sola formulación del conflicto puede dar origen a opuestos desenlaces, en cuyos extremos se hallarán la mera satisfacción de unos apetitos o la resistencia al desorden; o, desde el punto de vista del narrador, el crudo proceso de una "caída", con todas sus consecuencias, o el de la salvación por la voluntad de creerse superior a toda miseria. Es evidente que sólo el segundo desenlace, el más difícil, por su delicadeza y valentía, podía responder a la sensibilidad de nuestro novelista, que actúa sólo de amanuense. Ha escogido, para ello, el

procedimiento, desde luego no insólito, de convertirse en intérprete de un texto "escrit de forma sorprenent a les pàgines ratllades d'un quadern de comptabilitat de fa una trentena d'anys": el mismo dietario del párroco anónimo.

Un tipo de clérigo, por supuesto, algo complejo, pero bastante corriente, por lo que concierne a otros "aspectos", en los anales de la clerecía mallorquina: es decir, un sacerdote humanista, "emmalaltit de literatura", poeta menor y traductor de un clásico latino. Todo, en verdad, se nos transforma al instante en un juego de paradojas, casi en un galimatías. Se trata, efectivamente, de un poeta augusto, Domicio Marso, el amigo de Virgilio y Tibulo, perteneciente al círculo de Mesala y de Mecenas, autor de la epopeya mitológica, de elegías y epigramas, cuya traducción llega a publicar nuestro humanista en una colección barcelonesa -alusión transparente- de clásicos griegos y latinos.

Todo ello, unido al estado de adoración que le inspira la contemplación estética de Alexis, sin afectar a la inmovible experiencia de su fe, llega a hacérsenos chocante, inverosímil y audazmente divertido. Es posible que Miquel Angel Riera se haya propuesto transformar el pórtico de un drama en el núcleo de una sátira. De aquí, la graciosa "cloenda del transcriptor". No es posible dar crédito a la letra del dietario. Ningún descubrimiento moderno nos ha devuelto la obra de Domicio Marso, de la que sólo poseemos escasos fragmentos; el mismo Alexis parece el engendro de una "necessària eclosió imaginativa", que tal vez "no va arribar a existir mai". Es esta sabia y lúcida combinación de antítesis lo que abre una nueva perspectiva en la notabilísima obra novelesca de Miquel Angel Riera.

MIQUEL DOLÇ